

AGENDA CIUDADANA

LA ARROGANCIA TECNOCRÁTICA Y SUS EFECTOS

Lorenzo Meyer

Los Enemigos de lo Distinto.- Una forma de entender al Estado moderno, su naturaleza y desarrollo, es verlo como una organización que ha forzado la sustitución de la diversidad social y ecológica –disminuyendo la riqueza de las formas-- por la simplicidad y la homogeneidad para poder expandir su capacidad de control. El objetivo de la simplificación es facilitar la identificación y control de los sujetos por parte de un aparato burocrático dedicado a organizarlos, extraerles recursos y prestarles servicios. Bajo ciertas circunstancias, ese proceso ha desembocado en magnos intentos de reestructuración social en nombre de mejorar la condición humana, pero que han concluido en grandes desastres cuyo origen es, a final de cuentas, la arrogancia de sus autores.

El desarrollo del argumento anterior se encuentra magistralmente expuesto en el último libro de un notable antropólogo político de la Universidad de Yale: James C. Scott, y cuyo título es: *Seeing like a State, How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed* (que traducido de una manera no literal es: La óptica del Estado o como fallaron ciertos proyectos para mejorar la condición humana). La obra se inició tratando de responder a esta pregunta: ¿porque todos los estados han sido enemigos de las sociedades que no se quedan quietas: cazadores, nómadas, gitanos, vagabundos? En el intento de formular una respuesta, el autor, terminó por enfocarse en la tendencia natural de los estados a rechazar todo lo que no se pueda reducir a unas cuantas categorías y controlar por la vía burocrática. Y luego, logrado el control, si no hay quien los detenga, los líderes del Estado pueden caer en la tentación de

rehacer el todo social a la imagen y semejanza de la alta burocracia y de su Estado aunque en nombre del altruismo.

Una característica que distingue al Estado moderno del antiguo, es que el primero ha logrado construir “mapas” muy exactos de la sociedad y la naturaleza en que vive. Con esos “mapas” hechos de cifras y categorías “puede leer” cada vez más y mejor a la sociedad que controla --a cada una de sus partes y al todo--, y actuar sobre ella como nunca antes. Antes de la existencia de los grandes estados modernos – antes de las monarquías absolutas del siglo XVIII—, el poder político actuaba casi a ciegas pues no sabía bien cuantos súbditos tenía, donde estaban, cual era su condición social y económica, etcétera. En contraste, las burocracias del Estado actual pueden contestar en cualquier momento, con mapas y estadísticas, esas y miles de preguntas similares más. Eso les permite atacar epidemias, educar a las masas y ayudar en casos de desastres, pero también les da la posibilidad de jugar a la “ingeniería social” y producir magnos desastres.

El impulso de los monarcas absolutos para reorganizar la muy fragmentada y heterogénea sociedad heredada del medievo, fue la simple necesidad de extraer impuestos, reclutar soldados y controlar a los rebeldes. El impulso inicial sigue vigente, pero con objetivos más ambiciosos. Lo que interesa al profesor Scott es mostrar y explicar no tanto la naturaleza de la organización burocrática y el control que ejerce sobre los individuos –un tema que está en el centro de la gran teoría social de Max Weber al iniciarse el siglo XX-- sino los desastres a los que puede llevar ese triunfo de la mentalidad, racionalidad e intereses burocráticos cuando no encuentran fuerzas sociales que les mantengan dentro de límites.

La Receta para el Desastre.- Scott --que cuando no es profesor es criador de ovejas y cuyas simpatías no están con los burócratas sino con las tendencias de la naturaleza a producir diversidad— ya no propone la lucha contra lo que Max Weber predijo desde principio del siglo: que para bien o para mal, la burocrática es la forma de organización dentro de la que tenemos que vivir. Lo que mueve al profesor a indagar sobre la naturaleza y la visión de quienes controlan al Estado moderno, son los casos de quienes en su afán de control y simplificación pretendieron cambiar de raíz formas viejas de relación social y resultaron aprendices de brujo. Y para ir al centro del problema, el antropólogo no volvió a revisar aquellos capítulos de la historia moderna que, desde el inicio, fueron escritos con el afán de destruir y dañar –Hitler y el Holocausto, Stalin y el Gulag o la “limpieza étnica” en Ruanda o en la antigua Yugoslavia— sino su antítesis, los grandes proyectos de ingeniería social que fueron concebidos con el propósito de elevar la condición humana y terminaron hundiéndola.

Los Ingredientes del Desastre.- Nuestro autor, tras examinar con gran detalle casos como la colectivización leninista en la Rusia soviética, la concentración forzada en “pueblos modelo” en Tanzania o la construcción de “ciudades del futuro” que resultaron invivibles, llega a la conclusión que para que se den esas catástrofes de la utopía, es necesaria “la combinación perniciosa” de cuatro condiciones, si cualquiera de ellas está ausente, la experiencia puede ser de todas formas negativa, pero el desastre no alcanzara toda su potencialidad.

La primera de esas condiciones es justamente la ya expuesta: la inevitable tendencia de todo gobierno a buscar la simplificación y uniformidad de su sociedad para controlarla mejor, y a lo que el autor llama la “visión sinóptica de legibilidad”. En

realidad, esta primera condición más que variable es una constante. En si misma la búsqueda del conocimiento, clasificación y control de los ciudadanos y su entorno no es enteramente negativa, ya que es indispensable para proveer los servicios de salud, educación o protección, por ejemplo. La segunda condición está igualmente muy difundida, incluso ahora que el socialismo real está derrotado: el predominio de una ideología que se considere a si misma como “científica”, con una gran fe en la capacidad de las teorías sociales para explicar y predecir; la teoría económica neoliberal es un ejemplo perfecto. Los tecnócratas al frente de las grandes burocracias tienden a poseer esa gran confianza en su conocimiento especializado y en su capacidad para diseñar y poner en marcha “ciudades modelo”, “granjas modelo”, gigantescos sistemas de irrigación o esquemas de erradicación de la pobreza o transformaciones globales del sistema productivo. La tercera condición es, afortunadamente, menos generalizada: la existencia de un Estado autoritario con la voluntad de poner en marcha los esquemas modernizadores elaborados por las ideologías tecnocráticas. Para Scott esa voluntad es mayor en tiempos de emergencias, tales como crisis económicas o guerras. El cuarto y último elemento está íntimamente ligado al anterior: la existencia de una sociedad postrada, a la que le es imposible resistir el empuje de la tecnocracia autoritaria y que justamente en esos esquemas encuentran, inicialmente al menos, una promesa.

Ejemplos.- El control de la sociedad por la vía de la homogeneización y simplificación de la diversidad le da al Estado la capacidad de diseñar y echar andar grandes proyectos de ingeniería social; las ideologías tecnocráticas le dan la razón de

actuar; el autoritarismo la determinación de llevar a la práctica su proyecto; finalmente, la debilidad de la sociedad civil le ofrece el terreno apropiado para imponerse.

Los casos que el profesor Scott usa para ilustrar la combinación de los cuatro factores son muchos, variados y combinados. Se inician a un nivel relativamente modesto con un ejemplo prusiano. Aquí el control militar es sobre la naturaleza, concretamente los bosques. El invento de la ciencia forestal en el siglo XVIII en Prusia y Sajonia buscaba un mayor rendimiento fiscal de los bosques. Para ello se uniformó a los árboles (se eligieron sólo las especies comerciales y se eliminó al resto), se les plantó en grandes líneas rectas (como ejércitos), se quitó la maleza de en medio (se acabó con el desorden) y se les cortó en tiempo y por etapas predeterminadas para lograr el máximo rendimiento. El resultado fue un éxito inicial tan innegable como innegable el fracaso final: un desastre ecológico espectacular, pues al destruir la diversidad natural (el “desorden”), se perdieron las defensas y los nutrientes y el “bosque de los administradores” se volvió inviable.

Desde luego, otro ejemplo central lo constituye la planificación leninista. Seguro de poseer la interpretación científica de la sociedad e impresionado por la eficiencia de la economía alemana de guerra, Lenin nunca dudó que él poseía la clave para rehacer la sociedad entera. Planificar la toma del poder con un partido de profesionales, hacer de la organización de los trabajadores industriales un solo y enorme sindicato en una sola y gran planta industrial y dejar atrás la granja individual para pasar a la empresa colectiva agrícola. Esta visión del “alto modernismo leninista” fue negada por otra, la de Rosa Luxemburgo o Alejandra Kollontay, que partiendo de la misma premisa marxista, concluyeron que la búsqueda del control de la sociedad “a la Lenin” era una meta

práctica y moralmente imposible; ellas no desconfiaban de la diversidad y espontaneidad del proletariado y veían ahí no un problema sino un recurso. Si finalmente la colectivización de la agricultura soviética persistió por 60 años, afirma Scott, ello se debió no a las virtudes de la planeación leninista, sino a la constante improvisación campesina, esa en la que confiaban Luxemburgo y la Kollontay. De cualquier forma, el costo en vidas y sufrimiento de la utopía, resultó enorme.

La planificación urbana provee otros ejemplos. Aquí las “bestias negras” de Scott son los arquitectos en gran escala: Oscar Niemeyer el creador de Brasilia y Le Corbusiere, teórico mayor de la planificación urbana y creador, en India, de Chandigarh. Para él, sólo el autoritarismo brasileño e hindú pudo hacer posibles esas dos ciudades que, en si mismas, son ejemplos de planificación racional de oficina que, en la realidad, hacen casi imposible la vida citadina ordinaria. Si finalmente Brasilia funciona, dice Scott, es porque a su lado se desarrolló una segunda ciudad no planeada, espontánea (ahí vive el 75% de los habitantes de Brasilia), y que es precisamente la que aporta el elemento indispensable para que la ultramoderna capital de Brasil siga funcionando.

La reubicación forzada entre 1973 y 1976 de campesinos en Tanzania en pueblos diseñados por la autoridad central para agrupar a pastores y agricultores de subsistencia es otro desastre explorado por Scott, como lo es el esfuerzo del Banco Mundial por rediseñar la agricultura de Tangañica. En realidad, el autor dejó muchos ejemplos en el tintero (entre otros, la Tennessee Valley Authority de los Estados Unidos) porque la lista de catástrofes es muy amplia. En realidad, en ella podrían caber ciertos ejemplos mexicanos viejos y nuevos: desde el alto costo humano de la

“política de congregaciones”, es decir, la reubicación forzada de los indios en pueblos de traza europea ordenada por el poder colonial español, pasando por los efectos terribles en la demografía nativa causada por las políticas de reordenamiento social impuestas por los misioneros franciscanos y jesuitas a los nómadas de las californias en los siglos XVIII y XIX, hasta llegar al desastre urbano del Tlatelolco planeado por Adolfo López Mateos o el del Plan Chontalpa de Luis Echeverría, etcétera.

La Conclusión.- El afán burocrático de estandarizar y controlar a la sociedad por la vía de los censos, el catastro, los carnets de identidad, las oficinas de estadística, las escuelas, los medios de comunicación y los aparatos de seguridad interna, pudieron culminar en el siglo XX en grandes desastres porque fue entonces el Estado logró la capacidad de imponer efectivamente su lógica e intereses sobre ciertas sociedades.

Los grandes proyectos para mejorar la condición humana en el siglo XX han terminado mal porque quienes los concibieron y pusieron en práctica, ya fuese en el Este o el Oeste, dice Scott, “se consideraron a si mismo mucho más inteligentes y visionarios de lo que realmente eran, y consideraron a los gobernados como más estúpidos e incompetentes de lo que realmente eran”. Al nivel de la experiencia mexicana, y pensando en los modestos (en comparación) desastres sexenales de nuestro fin de siglo, la generalización se aplica al cien por ciento.